

# Grandes esperanzas

*Charles Dickens*



El personaje central de *Grandes Esperanzas* es un muchacho humilde, de una pequeña aldea, cuya vida cambia bajo la influencia de un misterioso bienhechor y la pasión desatada por unos dramáticos amores. El mundo extraordinariamente humano, detallista, de Dickens y la psicología de sus personajes revelan la maestría del novelista. La realidad de la vida cotidiana y la fantasía, se dan la mano en esta obra capital del autor, una de las más atractivas de la literatura inglesa del siglo XIX.

Afectuosamente dedicada  
a Chauncy Hare Townshend

## NOTA AL TEXTO

*Grandes esperanzas* se publicó por entregas semanales en la revista de Dickens *All the Year Round* del 1 de diciembre de 1860 al 3 de agosto de 1861. En julio de ese último año apareció en forma de libro, en tres volúmenes, y en uno solo —con algunos cambios menores— en noviembre de 1862. A pesar de que el texto de esta edición en un solo volumen ha sido la base para la gran mayoría de las ediciones posteriores, hoy ya no se considera acreditativo. La traducción que aquí presentamos parte de la primera edición en tres volúmenes de 1861, con la salvedad de que los capítulos se han numerado correlativamente.

# CAPÍTULO I

Siendo Pirrip el apellido de mi padre, y Philip mi nombre de pila, mi lengua infantil no alcanzó a hacer de ambas palabras nada más largo ni más explícito que Pip. Así, yo me llamé a mí mismo Pip, y por Pip vine a ser conocido de los demás.

Digo que Pirrip era el apellido de mi padre, fundándome en la autoridad de su losa sepulcral y en la de mi hermana, la señora Joe Gargery, casada con el herrero. Como nunca vi a mi padre ni a mi madre, ni retrato alguno suyo (pues vivieron mucho antes de inventarse la fotografía), mis primeras imaginaciones acerca de cómo habrían sido ellos nacieron, yo no sé por qué, de la contemplación de sus lápidas sepulcrales. La forma de las letras en la de mi padre me dio la extraña idea de que había sido un hombre recio, cuadrado, moreno, con el pelo negro y rizado. De los caracteres y estilo de la inscripción «Y Georgiana, esposa del arriba dicho», saqué la pueril deducción de que mi madre había sido pecosa y enfermiza. A las cinco pequeñas losas, de pie y medio de largo cada una, dispuestas en ordenada fila al lado de la sepultura y consagradas a la memoria de cinco hermanos míos (que abandonaron prematuramente la lucha por la vida), debo la creencia, que he conservado religiosamente, de que todos ellos habían nacido tumbados

de espaldas con las manos en los bolsillos, y jamás, mientras estuvieron en este mundo, las habían sacado de allí.

Era la nuestra una región de marjales, cruzada por el río y distante unas veinte millas del mar. Creo que mi primera impresión vívida y clara de la identidad de las cosas data de un desapacible y memorable atardecer. Fue entonces cuando adquirí la certidumbre de que aquel erial cubierto de ortigas era el cementerio; de que Philip Pirrip, de esta parroquia, y también Georgiana, mujer del arriba dicho, estaban muertos y enterrados; de que Alexander, Bartholomew, Abraham, Tobias y Roger, niños hijos de los antedichos, estaban también muertos y enterrados; de que la llanura yerma y sombría del otro lado del cementerio, entrecortada por diques y zanjas y barreras, y donde se veía algún ganado paciendo, eran los marjales; de que el cubil salvaje y lejano de donde salía furioso el viento era el mar; y de que el pequeño montón de escalofríos que se iba asustando de todo ello y se echaba a llorar, era Pip.

—¡Cállate! —gritó una voz terrible, al tiempo que un hombre salía de pronto por entre las sepulturas junto al porche de la iglesia—. ¡Estáte quieto, pequeño demonio, o te degüello!

Era un hombre espantoso, vestido de burdo paño gris, que llevaba un gran hierro en la pierna. Un hombre sin sombrero, con los zapatos rotos y un trapo viejo atado a la cabeza. Un hombre empapado en agua y cubierto de lodo, con los pies lastimados por las piedras, herido por los pedernales, punzado por las ortigas y desgarrado por las zarzas; que cojeaba y tiritaba y gruñía y echaba lumbre por los ojos; y cuyos dientes entrechocaban cuando me agarró por la barbilla.

—Oh, no me degüelle, señor —supliqué, aterrorizado—. ¡Por Dios, no lo haga!

—¿Cómo te llamas? —dijo el hombre—. ¡Pronto!

—Pip, señor.

—Otra vez —dijo el hombre, mirándome fijamente—. ¡Repítelo!

—Pip, Pip, señor.

—Muéstrame dónde vives —ordenó el hombre—. Indícame el lugar.

Señalé donde estaba nuestro pueblo, en la ribera baja, entre alisos y árboles desmochados, a una milla o más de la iglesia.

El hombre, tras contemplarme un momento, me volvió boca abajo y me vació los bolsillos. No había otra cosa en ellos que un pedazo de pan. Cuando la iglesia volvió a estar derecha —pues la cosa fue tan brusca y violenta que el paisaje dio una vuelta completa ante mis ojos y llegué a ver el campanario debajo de mis piernas—, cuando la iglesia volvió a estar derecha, digo, yo estaba sentado sobre una alta losa sepulcral, temblando, mientras él comía vorazmente el pan.

—Perro —dijo el hombre, lamiéndose los labios—, qué gordas tienes las mejillas.

Creo que, en efecto, las tenía así, aunque en aquel tiempo era pequeño para mi edad, y no muy fuerte.

—Que me condene si no sería capaz de comérmelas —dijo el hombre meneando la cabeza de un modo amenazador—, y si no me siento con ganas de hacerlo.

Le expresé ansiosamente mi esperanza de que no lo hiciera, y me agarré fuerte a la piedra en que él me había subido; en parte para no caer, y en parte para contener mi llanto.

—¡Y ahora, óyeme! —dijo el hombre—. ¿Dónde está tu madre?

—Aquí, señor —respondí.

Él se sobresaltó, echó a correr y luego se detuvo, mirando por encima del hombro.

—¡Aquí, señor! —expliqué medrosamente—. «Y también Georgiana». Ésta es mi madre.

—¡Oh! —dijo él, volviendo—. Y ¿está tu padre aquí con tu madre?

—Sí, señor —dije yo—; él también; «de esta parroquia».

—¡Ah! —murmuró entonces, con aire reflexivo—. ¿Con quién vives?... suponiendo que quiera dejarte con vida, ¡que aún no sé si lo haré!

—Con mi hermana, señor; la señora Joe Gargery, la mujer de Joe Gargery, el herrero, señor.

—Herrero, ¿eh? —dijo, y se miró a la pierna. Después de mirarse la pierna y de mirarme a mí, una y otra vez, se acercó más a mi losa sepulcral, me cogió por ambos brazos y me echó hacia atrás todo lo que pudo sin soltarme, de manera que sus ojos se clavaban poderosamente en los míos desde arriba y los míos se levantaban hacia los suyos con el mayor desaliento.

—Ahora atiende —dijo—, pues se trata de saber si voy a dejarte o no con vida. ¿Tú sabes lo que es una lima?

—Sí, señor.

—¿Y sabes lo que es comida?

—Sí, señor.

Después de cada pregunta me empujaba un poco más hacia atrás, como para darme una mayor sensación de impotencia y peligro.

—Vas a procurarme una lima. —Me empujó un poco más—. Y me vas a procurar comida. —Me empujó un poco más—. De lo contrario te arrancaré el hígado y el corazón. —Y me empujó un poco más.

Yo estaba terriblemente asustado, y la cabeza se me iba, se me iba de tal modo que me agarré a él con ambas manos y dije:

—Si tuviera la bondad de dejarme poner derecho, señor, quizá no me sentiría tan mareado y podría atender mejor.

Me hizo dar otra voltereta y me zarandeó de un modo tan tremendo que la iglesia saltó sobre su propia veleta.

Después me sostuvo por los brazos de pie sobre la losa y continuó en estos horrendos términos:

—Mañana por la mañana, temprano, me vas a traer la lima y la comida. Me lo traerás todo a aquella vieja batería de allí abajo. Si lo haces sin atreverte a decir jamás una palabra o hacer un signo que pueda dar a entender que me has visto o que has visto a nadie, se te dejará con vida. Pero no lo hagas o apártate de mis instrucciones en algún detalle por pequeño que sea, y verás cómo alguien te arranca el hígado y el corazón, los asa y se los come. Te advierto que no estoy solo, como podrías figurarte. Hay un joven escondido conmigo; comparado con él yo soy un ángel. Este joven está oyendo ahora lo que digo. Este joven tiene una manera secreta, que sólo él conoce, de llegar hasta un niño y arrancarle el hígado y el corazón. Es inútil que un niño pretenda esconderse de este joven. Un niño puede haber cerrado su puerta con llave, puede estar metido en su cama, puede arrojarse bien, puede subirse el embozo hasta la cabeza, pero aquel joven hallará manera de irse acercando hasta él y abrirle en canal. Ahora mismo, me cuesta gran trabajo contener a este joven para que no te haga daño. Me cuesta mucho impedir que te llegue a las entrañas. Bien, ¿qué me dices?

Le dije que le procuraría la lima y las cosas de comer que pudiera encontrar, y que se lo traería todo a la batería por la mañana temprano.

—¡Di que Dios te mate si no lo haces! —dijo el hombre.

Lo dije, y él me bajó de la losa.

—¡Ahora —prosiguió—, recuerda lo que has prometido, piensa en este joven y vete a casa!

—Buenas noches, señor —balbucí yo.

—¡Y tan buenas! —dijo él volviéndose a mirar la fría y mojada llanura—. ¡Si al menos fuese yo una rana! ¡O una anguila!

Al mismo tiempo ciñó con ambos brazos su propio cuerpo estremecido —como si se estrechase a sí mismo para no

caerse a pedazos— y se fue cojeando hasta el bajo muro de la iglesia. Mientras se alejaba buscando su camino por entre las zarzas y las ortigas verdes, le parecía a mis ojos infantiles que tratase de evitar que las manos de los muertos, saliendo cautelosamente de sus tumbas, le agarraran por los tobillos y lo arrastrasen hacia dentro.

Al llegar al muro bajo de la iglesia, lo saltó, como el que tiene las piernas yertas y ateridas, y después se volvió a mirarme. Cuando le vi volverse tomé el camino de mi casa, corriendo todo lo que mis piernas me permitían. Pero al poco rato miré por encima del hombro y le vi andando otra vez hacia el río, abrigándose todavía con los brazos, y tentando con los lastimados pies el camino entre las grandes piedras diseminadas por los marjales para servir de pasaderas cuando llovía demasiado o cuando subía la marea.

Los marjales no eran más que una larga y negra línea horizontal cuando me detuve a mirar si aún le veía, y el río no era más que otra línea horizontal, no tan ancha pero igualmente negra, y el cielo no era más que un amasijo de encendidas líneas rojas y densas líneas negras entremezcladas. A la orilla del río, podía vagamente distinguir las dos únicas cosas que en todo aquel paisaje parecían estar derechas; una de ellas era el faro por el que se guiaban los marineros —parecido a un tonel sin aros sobre un poste—, muy feo visto de cerca; la otra, una horca de la cual colgaban unas cadenas que una vez habían tenido suspendido el cuerpo de un pirata. El hombre se dirigía cojeando hacia esta última, como si fuese el mismo pirata resucitado, que se hubiera descolgado, y volviera para ahorcarse de nuevo. Se me heló la sangre al ocurrírseme esto; y al ver cómo las vacas levantaban la cabeza para mirarle, me pregunté si ellas pensaban lo mismo. Traté de descubrir al joven sin que viese señal alguna de él. Pero ahora volvía a estar aterrorizado y corrí hacia casa sin detenerme.

## CAPÍTULO II

Mi hermana, la señora de Joe Gargery, tenía veinte años más que yo, y se había ganado gran fama entre los vecinos porque me había criado «a fuerza de mano». Habiendo tenido que descubrir por mí mismo el significado de esta expresión, y hallando que mi hermana tenía la mano dura y pesada, y acostumbraba descargarla sobre su marido tanto como sobre mí, vine a deducir que tanto Joe como yo habíamos sido criados a fuerza de mano.

Mi hermana no era ninguna belleza; y yo tenía la impresión general de que debía de haber conducido a Joe al matrimonio a fuerza de mano. Joe era un hombre guapo, con el plácido rostro oreado con rizos rubios y los ojos de un azul tan desvaído que parecía que las pupilas se le hubieran mezclado con el blanco. Era un muchacho pacífico, complaciente, acomodadizo, algo simple: una especie de Hércules por la fuerza, y también por la debilidad.

Mi hermana, la señora Joe, con el cabello y los ojos negros, tenía en el cutis una rojez tan dominante que yo a veces me preguntaba si no sería posible que usara para lavarse, en vez de jabón, un rallador. Era alta y huesuda, y siempre llevaba puesto un tosco delantal sujeto por detrás con dos presillas y provisto por delante de un pechero cuadrado inexpugnable, erizado de agujas y alfileres. De llevar siempre este delantal, hacía ella un gran mérito para sí y un

fuerte reproche para Joe. Aunque yo no veo en realidad para qué tenía que llevarlo, y si lo llevaba, por qué no podía quitárselo cada día de su vida.

La herrería de Joe estaba contigua a nuestra casa, que era de madera, como lo eran muchas viviendas de nuestro país —la mayor parte, en aquel tiempo—. Cuando llegué corriendo del cementerio, la herrería estaba cerrada. Y Joe estaba sentado, solo, en la cocina. Como Joe y yo éramos compañeros de fatigas y, como tales, teníamos nuestras confianzas, Joe me hizo una tan pronto levanté el picaporte y atisé por la abertura de la puerta, frente a la cual estaba él sentado, en el rincón de la chimenea.

—La señora Joe ha salido a buscarte, Pip, una docena de veces, y ahora ha vuelto a salir a hacer la del fraile.

—¿De veras?

—Sí, Pip —dijo Joe—; y lo que es peor, se ha llevado a *Tickler*<sup>11</sup>.

Al oír esta aciaga noticia me quedé muy abatido mirando al fuego y dando vueltas al único botón de mi chaleco. *Tickler* era un trozo de caña encerado y bruñido por sus frecuentes colisiones con mi cuerpo.

—Estaba sentada —dijo Joe— y de pronto se levantó, agarró a *Tickler* y salió alborotada. Esto es lo que hizo —repetió Joe, escarbando lentamente el fuego con el hurgón y contemplando las brasas—. Salió alborotada, Pip.

—¿Hace mucho que salió, Joe? —Siempre le trataba como una especie de niño grande, que no dejaba de ser un igual mío.

—Bueno —respondió Joe, mirando el reloj—, esta última vez debe de hacer cinco minutos que está alborotando, Pip. ¡Ahora vuelve! Ponte detrás de la puerta, muchacho, y resguárdate con el toallero.

Seguí su consejo. Mi hermana, la señora Joe, abriendo la puerta de un empujón y encontrando un obstáculo detrás, inmediatamente adivinó la causa, y mandó a *Tickler* a completar la investigación. Terminó por arrojarme —yo le

servía a menudo de proyectil conyugal— sobre Joe, quien, contento de apoderarse de mí de cualquier modo que fuese, me hizo pasar al lado de la chimenea y disimuladamente me hizo una barrera con su enorme pierna.

—¿Dónde has estado tú, mico? —dijo la señora Joe pataleando—. O me dices en seguida lo que has estado haciendo para que yo me consumiese de enojo y de susto y de ansiedad, o te he de arrancar de este rincón aunque fueses tú cincuenta Pips y éste cien Gargerys.

—No he ido más que al cementerio —dije desde mi taburete, llorando y restregándome las ronchas.

—¡Al cementerio! —repitió mi hermana—. De no ser por mí, tiempo hace que estarías tú en el cementerio, y para siempre. ¿Quién te crió a fuerza de mano?

—Tú —dije yo.

—¿Y por qué lo hice? ¡Eso quisiera saber! —exclamó mi hermana.

—No lo sé —gemí.

—¡Yo soy quien no lo sabe! —dijo mi hermana—. ¡Pero no me cogerán en otra! Eso sí que lo sé. Puedo decir en verdad que no me he quitado este delantal desde que nacistes. No me basta con ser la mujer de un herrero (y de un Gargery, además) que aún tengo que ser tu madre.

Mis pensamientos se desviaron de esta cuestión mientras contemplaba el fuego desconsoladamente. Porque el fugitivo de los marjales con su hierro en la pierna, el joven misterioso, la lima, la comida, el terrible compromiso en que me hallaba de cometer un latrocinio bajo aquel techo protector, todo se levantaba contra mí de entre las brasas vengadoras.

—¡Ah! —dijo la señora Joe, volviendo a Tickler a su lugar—. ¿Al cementerio, decís? Podéis hablar del cementerio, vosotros dos. —Por cierto que uno de nosotros no había dicho nada—. Es a mí a quien llevaréis al cementerio entre ambos, un día de éstos; y bonita pareja haréis cuando no me tengáis.

Mientras ella se aplicaba a disponer las cosas para el té, Joe me miró por encima de su pierna como si estuviese comparando nuestras tallas y calculando qué clase de pareja haríamos en las aflictivas circunstancias pronosticadas. Luego empezó a acariciarse las rubias patillas y los rizos del lado derecho, mientras seguía con sus ojos azules los movimientos de la señora Joe, como tenía por costumbre cuando había borrasca.

Mi hermana tenía una manera brusca de prepararnos nuestro pan con mantequilla que nunca variaba. Primero con la mano izquierda sujetaba fuertemente el pan contra su pechero... donde a veces se clavaba un alfiler o una aguja que luego nos encontrábamos en la boca. Después, tomaba algo de mantequilla (no mucha) con un cuchillo, y la extendía sobre el pan a la manera de un boticario cuando hace un emplasto, usando ambas caras del cuchillo con prodigiosa destreza, y ajustando y moldeando la mantequilla alrededor de la corteza. Después, daba al cuchillo un enérgico restregón final en el canto del emplasto y aserraba una gruesa rodaja de pan que, finalmente, antes de separarla del todo, dividía en dos mitades: una para Joe y otra para mí.

En aquella ocasión, aunque me acuciaba el apetito, no osaba comer mi pedazo. Comprendía que debía tener algo reservado para mi temible conocido y su compañero, el todavía más temible joven. Sabía que la señora Joe era una administradora de las más rígidas, y que podía muy bien ocurrir que mis culpables pesquisas no hallasen nada de provecho en la despensa. En consecuencia, resolví guardar mi pedazo de pan con mantequilla en una pernera del pantalón.

El esfuerzo que tuve que hacer para mantener y cumplir esta resolución resultó tremendo. Fue como si me hubiese decidido a arrojarme desde el tejado de una casa muy alta o a zambullirme en unas aguas profundas. Y Joe, inconsciente, me lo hacía más difícil. En nuestra ya mencionada

masonería de compañeros de fatigas, y en su bondadosa camaradería para conmigo, habíamos tomado la costumbre de comparar todas las noches la manera en que hacíamos desaparecer nuestros pedazos de pan, ofreciéndolos silenciosamente de vez en cuando, a nuestra mutua admiración, lo cual estimulaba nuestros esfuerzos. Aquella noche, Joe me invitó varias veces con la exhibición de su pedazo de pan, que disminuía rápidamente, a entrar en la amistosa competencia de costumbre; pero cada vez me encontré con mi taza de té sobre una de las rodillas y mi pan intacto sobre la otra. Al cabo consideré, con desesperación, que no tenía más remedio que hacer lo que me proponía y que sería mejor hacerlo de la manera menos improbable que permitían las circunstancias. Aproveché un momento en que Joe acababa de mirarme, y me metí el pan en la pernera del pantalón.

Joe estaba evidentemente inquieto por lo que suponía mi falta de apetito y dio a su pedazo de pan un mordisco distraído que no pareció proporcionarle ninguna satisfacción. Lo revolvió en la boca, más tiempo que de costumbre y, después de cavilar un buen rato, lo engulló todo como si fuese una píldora. Iba a tomar otro bocado y acababa de ladear la cabeza para abarcar un buen trozo, cuando sus ojos dieron conmigo y vio que todo mi pan había desaparecido.

El pasmo y la consternación con que Joe se detuvo en medio de su acción y se quedó mirándome fueron demasiado manifiestos para escapar a la observación de mi hermana.

—¿Qué ocurre ahora? —dijo con acritud, dejando su taza sobre la mesa.

—¡Pero criatura! —murmuró Joe, moviendo la cabeza con aire de seria reconvención—. ¡Pip! Te va a hacer daño. Se te atascará en algún sitio. Es imposible que lo hayas masticado, Pip.